

Significado del lenguaje de la fe

“Mantén tus sueños vivos. Para alcanzar algo se requiere de fe y confianza en ti mismo. Recuerda, todas las cosas son posibles para aquellos que tienen fe”
(Gail Devers).

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

La fe y la duda no pueden existir en la misma mente al mismo tiempo, ya que una desplazará a la otra. A veces resulta difícil enseñar cuando no se sabe cómo hacerlo, pero debemos animarnos a enseñar. Aquel que tiene fe, nunca está solo. El primer medio que debemos aprovechar es el silencio. El silencio conduce a la persona a manifestar realidades competitivas como: “el fruto del silencio es la oración. El fruto de la oración es la fe. El fruto de la fe es el amor. El fruto del amor es el servicio. El fruto del servicio es la paz”, expresa la Madre Teresa de Calcuta, por tanto, no se vive sin la fe. Aunque se habla que la transmisión de la fe está en entredicho. El que no tiene fe es el que se despide cuando el camino se oscurece.

Dentro del significado de la fe señalamos que es la fuerza por la cual un mundo destrozado emergerá a la luz. Mientras la Iglesia oficial llama a la luz de la nueva evangelización, a pie de obra muchos creyentes encuentran dificultades para hablar de Dios con el lenguaje de siempre. ¿Podemos renovar los lenguajes de la fe sin caer en la infidelidad? ¿O la mayor infidelidad a Jesús y su Evangelio es no renovar? “Si se enfría nuestro amor, se entumece nuestra acción” (conf. 85,24).

La fe es el conocimiento del significado de la vida humana. La fe es la fuerza de la vida. Si el hombre vive es porque cree en algo. Durante siglos ha parecido tan sencillo como prender una vela con otra, y otra más, y otra, hasta extender la luz por todos los escondrijos. Pero no ahora. Creyera que se ha roto la cadena que permite pasar el testigo de generación a generación. El mismo lenguaje, las formas, se escriben acabadas, obsoletas para una juventud presente que ya no entiende lo que les expresamos cuando hablamos de Dios. ¿Ha llegado el momento de la renovación o del cambio? ¿O el mensaje cristiano presentado es inamovible?

En la mayoría tener fe significa no querer saber la verdad. La fe puede ser brevemente definida como una creencia absurda en que lo improbable sucederá. Aquel que tiene fe no está nunca solo. ¿Racionalizar la fe? “Quise hacerme dueño y no esclavo de ella, y así llegué a la esclavitud en vez de llegar a la libertad en Cristo”, palabras de Miguel de Unamuno, filósofo y escritor español.

Describamos algunas expresiones de la novela, “Ángeles y Demonios”, que cuando uno la lee, Dan Brown, consigue que el lector se meta tanto en la historia que hasta se siente dentro, hasta el punto de que, una vez que principias a leer, no quieres dejar de hacerlo, pues la historia es rápida, vertiginosa, llena de velocidad y acción. Su finalidad es que en sus locuciones de la novela nos ayudarán a ver lo confuso que es el lenguaje de la fe:

- *“Camarlengo: ¿Cree en Dios?”*
- *Langdon: Padre, sinceramente lo que creo es que la religión...*
- *Camarlengo: No le estoy preguntando si cree lo que el hombre dice de Dios, le estoy preguntando si cree en Dios.*
- *Langdon: Soy profesor. La razón me dice que jamás entenderé a Dios.*
- *Camarlengo: ¿Y el corazón?”*
- *Langdon: Que no me han hecho para eso. La fe es un don que aún no me ha sido concedido”.*

El significado del lenguaje religioso de la fe es, a veces, impreciso y crea opiniones ambiguas. El ser humano (la humanidad con su ciencia, su literatura y su historia) ya tiene cierto bagaje como para seguir hablándole de cigüeñas que vienen de otros lugares, pero en cosas de fe. La fe está dando el primer paso, incluso cuando no se ve toda la escalera. Esa fe es la fuerza por la cual un mundo destrozado emergerá a la luz.

De esta manera, al presentar el lenguaje de la fe y religión, precisamos que hay varias religiones, y nos limitan el campo de las formas. Hay tantos tipos de fe como creyentes. El lenguaje de la religión es la muestra caligráfica. La fe es la letra que le queda a cada uno. La religión es el medio, la excusa, el anzuelo para llegar al fin, que es la fe. La religión nos disciplina (nos lleva), y eso es bueno. La fe nos hace felices, y eso es mejor. La fe no es la creencia de que Dios hará lo que quieras. Es la creencia de que Dios hará lo correcto.

El lenguaje de la religión está lleno de metáforas. Si las metáforas no son buenas, si no ayudan a entender mejor el lenguaje, por otro camino, ciertas cosas, lo que hacen es confundir. Y más: por buena que sea, la metáfora no se libra de la subjetividad del que la interpreta, y eso enreda más todavía (habrá quien donde lea, por ejemplo, sillón piense sólo sillón, o tablero, vaya usted a saber, y no descanso, como quería sugerir el publicista; eso cuando no entienda cansancio). El lenguaje no consigue en estos casos llevarnos a la fe, sino que nos desorienta.

Agustín de Hipona, dice:

“Todo el que cree, piensa.
Porque la fe, si lo que cree
no se piensa, es nula”.

Al presentar el uso del lenguaje sin falsedades, claro, conciso, preciso y directo. Fácil no es cambiar mentalidades ni encontrar palabras para expresar lo que trata la fe (que son cosas del sentimiento más que del pensamiento), pero califico que hay que hacer el esfuerzo de

reescribir la religión si queremos que la fe sea una forma de entender la vida, y no un juego de buscar animales en la silueta de las nubes.

Innegable es que no se puede estar seguros de que siempre la razón está de nuestra parte y que nuestro argumento es siempre verdadero para enseñar el lenguaje religioso. Es primordial la prudencia en nuestros enunciados y reflexiones de valor en el lenguaje de la fe. En la práctica religiosa, la fe es primordial. En este contexto se denomina fe al conjunto de creencias de una religión, en cuyo caso es equivalente a doctrina. Todas las religiones requieren de la fe.

Agustín de Hipona, dice:

“La verdad no es mía ni tuya, para que pueda ser tuya y mía” (en. Ps. 80).

Describamos ahora algunos de los aspectos fundamentales que abordamos en la reflexión teológica del significado del lenguaje de la fe, son los siguientes:

1. El lenguaje de la fe
2. Amor apasionado
3. No hay fe sin riesgo
 - a. Fe en ti mismo
 - b. Lo que somos es obra de Dios
 - c. El combate de la fe
4. ¡Qué poca fe! ¿Por qué ha dudado?
 - a. Jesús le tendió la mano
 - b. En medio de la crisis
5. Mujer, ¡Qué grande es tu fe!
 - a. Experiencia de lo diferente

b. Es como un radar

6. Si tuvieran fe, nada sería imposible

7. Jesús sana al siervo del centurión

“El que se pasa al lado de Cristo, pasa del temor al amor y comienza a poder cumplir con el amor lo que con el temor no podía” (s. 32,8). Con los cambios del lenguaje de la fe y de Dios en la reflexión teológica, fácil no es. Para muchos es una cuestión simple: Dios no interesa. Para otros es un tema en franco declive ante la presunta objetividad de la ciencia y su, cada vez mayor, autoridad. Y para otros es obra de la inutilidad del lenguaje teológico (religioso, dicen muchos) a la forma de pensar y de expresarse de las personas de hoy.

1. El lenguaje de la fe

Acertamos que en el mundo hay un lenguaje que todos comprenden: el lenguaje del entusiasmo, de las cosas hechas con amor y con voluntad, en busca de aquello que se desea o en lo que se cree; aprendiendo el lenguaje de Dios hacemos parte reveladora de todo el impulso dogmático en la doctrina cristiana. La fe habla un nuevo lenguaje. Es valioso no olvidar que para la lingüística presente el significado depende básicamente del argumento. Con la reflexión teológica se reconoce que en Dios el misterio es inagotable, algo de Dios permanece escondido; pero de otro lado ella debe seguir insistiendo en la necesidad de revalorar, reformular o inclusive repensar lo que de Dios se ha dicho.

¿Qué escala tiene el significado del lenguaje de la fe en la teología? Pues, es mucho más valioso de lo que parece a simple vista. Bastaría partir de la expresión “decir a Dios”, ya ambigua en sí misma, como es ambiguo todo el lenguaje en sí mismo, para reconocer la incapacidad del lenguaje en una tarea de esa dimensión. Pretendemos en varias veces tener la razón. Aquí ambiguo quiere decir apropiada.

San Agustín estimula a la humildad que levanta el corazón y la soberbia lo abate. En la transmisión de la fe ¿Cómo asimilamos el lenguaje de Dios en estos cuestionamientos? Cómo estar al tanto para que cualquier teología cristiana ha de ser un camino hacia la libertad, hacia Dios. ¿Por qué Dios no nos ha dicho claramente lo que Él es, lo que quiere, lo que es bueno y malo? ¿Verdad y mentira? ¿Puede la fe cristiana quedar inexorable ante la enfermedad o la calamidad?

“La flaqueza que se da en la humildad es la mayor fortaleza”
(conf. 92,6).

Existe un lenguaje que va más allá de las palabras. Asimilando el lenguaje de Dios a la luz de la verdad en la reflexión teológica, resucitamos diversos compendios y conocimientos que los constreñimos en momentos defectuosamente sin ser sus argumentos hermenéuticos valiosos; incluso hasta alcanzar en ellos actos del habla falsos y muy mal demostrados; provocando problemas y rechazos dentro del lenguaje teológico.

La teología toma la forma de la reflexión del lenguaje de Dios y su mejor expresión es la palabra escrita: apuesta por el contexto. Inclusive en la era del predominio de lo audiovisual, nada puede sustituir a la lectura sosegada, el silencio que conecta las ideas con la hondura del corazón, la pausa que madura las convicciones. Se requiere el esfuerzo de la lectura, superar la fugacidad del impacto para preferir la paciencia que precipita. Si la palabra es semilla, la lectura es la mejor siembra. Si no tienes fe, puedes enloquecer. Lo que la Iglesia cree de Cristo, hunde sus raíces en el modo que tuvo Jesús de creer en Dios. Pero, a la vez, la fe de la Iglesia permite inferir cómo ha podido ser la experiencia espiritual de Jesús.

El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir. Al ser consecuentes con los enunciados y reflexiones del significado del lenguaje de la fe en Dios expresados en diversos aspectos, sabemos que la fe juega un papel significativo en la vida del

cristiano y por eso hay que tener la sensatez y humildad en sus instantes de darle respuesta objetiva a las discusiones.

“

La humildad es la más grande de las enseñanzas cristianas, pues por la humildad se conserva la caridad, y a ella ninguna otra cosa la corrompe más pronto que la soberbia” (conf. 15).

Sólo hay mundo donde hay lenguaje. Dios existe. Y si no existe debería existir. Existe en cada uno de nosotros, como aspiración, como necesidad y, también como último fondo, intocable de nuestro ser. Por eso en un creyente, Cristo es la verdad última de la vida, el criterio supremo de actuación y la única esperanza de salvación y liberación final.

La fe en Dios es esperar y confiar en que finalmente llegará, solo lo mejor. Es nuestro derecho. La fe cristiana no consiste en aceptar un conjunto de verdades teóricas sino en aceptarle a Cristo, creerle a Cristo y descubrir en Él la última verdad desde la cual podemos iluminar nuestra vida, interpretar la historia del hombre y dar sentido último a esa búsqueda de liberación que mueve a toda la humanidad. El cristiano es, por tanto, un hombre que, en medio de las diferentes ideologías e interpretaciones de la vida, busca en Jesucristo el sentido último de la existencia.

La fe cristiana no reside tampoco en observar unas leyes y prescripciones morales procedentes de la tradición judía (los diez mandamientos), sino aceptar a Cristo como modelo de vida en el que podemos descubrir cuál es la tarea verdadera que debe realizar el hombre.

El cristiano es, por tanto, un hombre que, frente a diversas actitudes y estilos de vivir y comportarse, acude a Cristo como criterio último de actuación ante el Padre y ante los hombres. La fe cristiana no es tampoco poner nuestra esperanza en un conjunto de promesas de

Dios más o menos generales, sino apoyar todo nuestro futuro en Jesucristo nuestro Salvador, muerto por los hombres, pero resucitado por Dios, el único del que podemos esperar una solución definitiva para el problema del hombre.

El cristiano es, por tanto, un hombre que en medio de los fracasos y dificultades de la vida y frente a diferentes promesas de salvación, espera de Cristo resucitado la salvación definitiva del hombre. Por eso, en cualquier época, los creyentes que deseen vivir fielmente su fe cristiana tendrán que preguntarse una y otra vez: ¿Quién fue Jesús de Nazaret? ¿Quién es hoy Cristo para nosotros? ¿Qué podemos esperar de Él?

2. Amor apasionado

La vida y misión de Jesús es toda ella una pasión amorosa. Vive por y para Dios su Padre, para hacer presente su Reino de justicia, paz y de amor, y en consecuencia vive, se desvive por todos. Una pasión serena y largamente alimentada en esos años de silencio y de trabajo en Nazaret, una pasión fruto de la escucha y de la fidelidad, y que le costará la vida: “He venido para que tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10,10). En la muerte de Jesús descubrimos un ejemplo perfecto de donación al prójimo, de fidelidad humana a Dios; en su muerte la humanidad abandona el camino de la arrogancia, de la autosuficiencia, de la presunción para rendirse a Dios, para acoger su don, para darse al prójimo. En consecuencia, la salvación es aceptar la presencia de Dios en nuestra vida, combatiendo el orgullo y la autosuficiencia, y vivir una actitud nueva ante el prójimo.

La salvación es fidelidad, entrega, obediencia a Dios y ofrenda, servicio, donación al prójimo.

La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. A finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas

nuestras energías en su servicio. Es el Espíritu Santo quien impulsa a anunciar las grandes obras de Dios:

“

Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe: Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1Co 9,16).

En el lenguaje del discípulo reflexionamos que es aquel que sigue la huella. Discípulo es aquel que sigue los caminos de su maestro. Y discípulo misionero es aquel que está dispuesto a seguir la huella de quien estaba junto al Padre y, enviado por éste, salió (misionero del Padre), bajó de su cielo para hacerse uno de nosotros, y así poder proclamarnos la Buena Noticia, poner en marcha el Reino de Dios, y con su muerte y resurrección abrirnos el camino de la vida a todos los hombres y mujeres de este mundo.

Las preguntas del lenguaje de Dios lanzan un reclamo a la teología, cuya misión es comprender y predicar la fe en relación con la experiencia humana, buscando luz, creándose preguntas, indicando caminos, mostrando las huellas de la presencia de Jesús. Igualmente, en este momento requerimos una orientación teológica. Es posible que, dadas las circunstancias, escuchar a la teología no sea fácil.

La fe es una virtud rica para meditar. Es la fe la que te mueve, Jesús, en muchas ocasiones a actuar. Ella es una virtud que conmueve tu corazón, que te impulsa a no dejar sin acción la petición de los que la tienen.

La fe es un don y una decisión. Ella se recibe de Ti, pero también implica mi esfuerzo, mi trabajo. El centurión, por ejemplo, cree que Tú puedes curar a su siervo, pero también actúa conforme a esto que cree. La fe va más allá de una creencia, de una herencia familiar, de una superstición. Ella es abandono en tus manos, es entrega, es do-

nación, es acción. Hay que aprender el lenguaje de la fe en Dios para transmitirlo.

La fe es un acto, es el adherir mi voluntad a la tuya, y esto implica esfuerzo. Creer no siempre sale espontáneo, sino que requiere de cierta conciencia. Pero sin olvidar jamás que la fe, y la puesta en acción de esta fe, es siempre don tuyo.

Fe es la virtud teologal que me permite descubrirte en todos los momentos y situaciones de mi vida: en los buenos y en los malos, en los que me agradan y en los que no. Me ayuda a verte en la naturaleza, en mis hermanos, en mi trabajo. La fe me capacita a recibir todo de Ti como un don de tu amor. Creer me ayuda a confiar, y creer y confiar en alguien es amarlo.

En el relato del Centurión dice que era muy querido por su dueño y que estaba enfermo, pero no se sabe cuál era su grave enfermedad. De alguna manera, podemos reconocernos también nosotros en ese siervo. Cada uno de nosotros es muy querido por Dios, amado y elegido por Él, y está llamado a servir, pero tiene sobre todo necesidad de ser sanado interiormente.

El lenguaje de la fe nos provoca a ser capaces del servicio, se necesita la salud del corazón: un corazón restaurado por Dios, que se sienta perdonado y no sea ni cerrado ni duro. Nos hará bien rezar con confianza cada día por esto, pedir que seamos sanados por Jesús, asemejarnos a Él, que “no nos llama más siervos, sino amigos”.

El lenguaje de fe para servir a modo de desenlace señala estos tantos puntos claves, que los actos de habla han variado con el tiempo y con la serie de saberes que se han llevado a cabo, y éstos dependerán del lingüística-teórico que los investigue. Sin embargo, los más conocidos y son los actos locutivo, ilocutivo y perlocutivo propuesto por Austin.

Asimismo, se afirma que los actos de habla (acto locutivo, ilocutivo y perlocutivo) son dependientes entre sí, pues en una conversación un

enunciado puede cumplir más de una función a la vez, por ejemplo: el lenguaje de la fe para servir, teniendo en cuenta que existen condiciones y para que el acto se cumpla a cabalidad.

Junto con esto, es posible decir que dependiendo del contexto en que se encuentren los interlocutores, y cómo cada uno de ellos cumpla ciertas reglas de la comunicación, los enunciados cumplirán la función de informar, declarar, expresar, representar o mandar.

Es innegable que la fe es dinámica y es viva. Unos de los prototipos más demandantes -y bastante apropiados- en la Escritura es la carrera y el combate. El Apóstol Pablo, dice:

“ *He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado lo que depositaron en mis manos. Sólo me queda recibir la corona de toda vida santa con la que me premiará aquel día el Señor” (2Tm 4,7-8).*

“ *Seguid, pues, vuestra carrera y perseverad corriendo hasta la meta; y con el ejemplo de vuestra vida y con la palabra de vuestra exhortación arrastrad en vuestra carrera a cuantos podáis” (beata u. 23,28).*

3. No hay fe sin riesgo

En el pensamiento teológico nos encontramos con este enunciado: Cómo estar al tanto para que cualquier teología cristiana ha de ser un camino hacia la libertad, hacia Jesús Salvador. ¿Por qué Dios no nos ha dicho claramente lo que Él es, lo que quiere, lo que es bueno y malo, ¿Verdad y mentira?

En la perspectiva filosófica presente nos encontramos con diferentes teorías semánticas de la verdad. Por su parte, la mayoría de los auto-

res de teología moral siguen de cerca el pensamiento de Agustín de Hipona y de santo Tomás de Aquino, precisando la mentira como un lenguaje contrario al propio pensamiento con la voluntad de engañar.

Es exacto integrar en el análisis filosófico y teológico de la mentira la teoría de los actos de habla (Austin, Searle y Habermas, entre otros), ya que el mentir no se reduce a su dimensión locucionaria. En la lingüística y filosofía, un acto locucionario es la realización de un enunciado; por lo tanto, es un acto del habla.

Ostenta, además, una fuerza ilocucionaria y una intención comunicativa, desde la que pueden reinterpretarse los principios clásicos de la anfibolia o restricción mental, las respuestas con doble sentido, el mal menor o las mentiras piadosas. Así pues, la noción filosófica y teológica de mentira debe tener en cuenta los análisis provenientes de las ciencias humanas y, especialmente, de las ciencias lingüísticas. De un enunciado ilocucionario no puede decirse que sea verdadero o falso, sino que se trata de un acto conseguido o fallido.

Se debe recordar que no siempre es posible ni deseable para la persona expresar una perfecta adecuación entre lo que el individuo dice que es verdad, lo que cree que es verdad y lo que la realidad es en sí. Por ello, además de la dimensión locucionaria, es preciso incorporar en el análisis del acto de habla del mentir las dimensiones de la coherencia, de la autenticidad, de la fidelidad, de la honestidad y transparencia, asumiendo al mismo tiempo la opacidad, las paradojas de la vida y la ironía de la existencia humana.

Entonces ¿Por qué Dios no nos ha dicho visiblemente lo que Él es, lo que quiere, lo que es bueno y malo, ¿Verdad y mentira? Formulamos que lo que la Iglesia profesa de Cristo, hunde sus raíces en el modo que tuvo Jesús de creer en Dios. Pero, a la vez, la fe de la Iglesia permite inferir cómo ha podido ser la experiencia espiritual de Jesús.

Esta referencia recíproca entre Cristo y la Iglesia invita a indagar en los fundamentos antropológicos y teológicos de la fe de Jesús, en

las dificultades y posibilidades que Jesús ha podido tener para creer en su Padre, puesto que así Él enseña por qué y cómo han de creer también los hombres.

En este camino revelamos que el Padre, al resucitar a Jesús, triunfa sobre el *Mysterium iniquitatis* y, contra toda sospecha de indiferencia ante el sufrimiento humano que pudiera recaer sobre Él mismo, da pruebas de ser un Dios que merece fe. El Padre merece fe, pero no la merecería si Él no creyera también en la humanidad como creyó en su Hijo Jesús. Es el amor del Padre que en última instancia produce confianza en Él y entre los hombres.

En este acto locucionario: No hay fe sin riesgo. Como un acto del habla, reflexionamos que Dios Padre no te ha creado para ser cristiano, que Dios Padre no te creó para que le sirvas, que Dios Padre no te ha creado para que le rindas culto. Dios te ha creado, por encima de todo, para que consigas ser hombre.

Cierto es que el miedo que brota de sus corazones, la esclavitud social, la esclavitud mental, la esclavitud económica, la esclavitud religiosa, la esclavitud política son degradantes y paralizantes para el desarrollo del ser humano.

Hay un cúmulo de gente culta, creyente, pero con miedo. Un miedo que no exime, pero explica cobardías. Ese miedo, a veces, es laboral: no dicen en público lo que piensan porque se quedarían sin comer o perderían su posición social y su confianza.

No se consigue el Hombre sin la libertad. No se deja arrebatar la libertad. Por eso testificamos que cualquier teología cristiana, cualquier catecismo cristiano ha de ser como una marcha desde el miedo a la confianza, desde la esclavitud a la plenitud de la libertad.

Otras ocasiones, a veces las más fuertes, no sólo hay miedo en algunas personas, hay miedo a Dios. Se tienen miedo a sí mismo. Nunca respiraron la libertad. Tener miedo a Dios. ¿Dónde está la santidad

de ese santo temor a Dios? Hace muchos años que murieron como personas. Prefieren una fe sin riesgos. ¡Como si eso fuese posible!

En nuestro acto del habla quien tenga miedo a lo nuevo, no cree en Dios. No cree en el Espíritu que lo renueva todo. Ni en el Cristo de ayer, de hoy y de siempre. “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti” (conf. 1,1,1).

a. Fe en ti mismo

En la fe se establece la creencia en la revelación de Dios propuesta por la Iglesia cristiana. En el cristianismo la fe es la principal de las tres virtudes teológicas. Las otras dos virtudes teológicas son la esperanza y la caridad. Por medio de la fe el ser humano logra creer en la verdad revelada, esto es, en Jesús como el Mesías, Hijo de Dios. Esta fe infunde los sentimientos de esperanza y caridad. La fe cristiana plasma en un credo, pero, ante todo, es un modo de creer.

La fe cristiana
enhebra otra vez el
credo de Israel en la
medida que mueve a
confiar y a obedecer
a un Dios que
merece ser creído.

Aquello que hace las veces de *fides quae*, el concepto del Dios de la Antigua y de la Nueva Alianza, el Dios de la creación y de la historia, proviene de una experiencia de Dios mismo y sirve a nuevas experiencias tuyas. La *fides quae*, la experiencia del amor, la liberación y perdón de Dios, constituye el único fin de la teología cristiana y el remedio exacto contra la esclerosis del cristianismo.

Numerosas personas expresan que para lograr algo en la vida debes de tener fe, por lo usual en ti mismo. El comienzo de la fe está en nosotros mismos, y ciertamente, cada uno de nosotros tiene un alto grado de confianza en lo que hacemos, decimos o pensamos. Cuando tenemos una autoestima adecuada y equilibrada, tenemos un alto grado de confianza. Sin embargo, hay otra fe más segura, que no se equivoca, es eterna y no proviene de ti, sino de una fuente eterna y eficaz, es un don, un regalo, un obsequio, un patrimonio.

La fe en ti mismo es determinada en el Nuevo Testamento como “la garantía de los bienes que se esperan, la plena certeza de las realidades que no se ven” (Hb 11,1). Al precisar sobre la fe significamos que es la seguridad o confianza en una persona, cosa, deidad, opinión, doctrinas o enseñanzas de una religión, y, como tal, se manifiesta por encima de la necesidad de poseer evidencias que demuestren la verdad. Debemos de entender que es la verdadera fe en Dios antes de que podamos realmente creer en Dios. Porque tenerse fe en Dios es creer en su presencia, su omnipotencia, omnipresencia y omnisciencia; es también creer en su Palabra y las enseñanzas de Jesucristo, transmitidas por medio de la Biblia.

Varios se indagan para qué sirve la fe y cuál es su escala. Sabemos que lo primero es percibir que la fe es un valor protagónico en la vida humana, y no solo en relación con los sistemas de creencias religiosas. Hay todos unos enunciados propios que hay que comprenderlos. Desde el punto de vista antropológico, el argumento de la fe logra comprenderse como la confianza que se deposita en alguien para que se haga digno de esa fe. Desde esa perspectiva la fe es el principio mediante el cual el ser humano establece relaciones con otros, sea que se trate de otros seres humanos o de una entidad Superior.

La fe es el principio de toda relación interpersonal. Y, de hecho, la aplicamos más de lo que creemos. Cuando al conocer a alguien nos dice su nombre, edad y oficio, damos fe a sus palabras, a lo que esa persona revela de sí misma, a partir de lo cual se establece una relación. Por ejemplo, de la fe -en su sentido antropológico- depende la convicción de que los niños pueden aprender y, por lo tanto, depende la paciencia de sus educadores en su enseñanza. Mientras más fe, más paciencia.

Lo mismo puede ser dicho en todos los aspectos de la vida humana. La fe es lo que permite al individuo confiar en otros y en sí mismo, a adquirir actitudes de esperanza y afecto que humanizan su experiencia vital.

b. Lo que somos es obra de Dios

Se entiende asimismo que la fe es un don que ha sido infundido en la persona por medio del Espíritu Santo. Ella conduce a la relación con Dios. Esto implica que la fe en el cristianismo no se limita apenas a aceptar por válida la doctrina, sino por vivir de acuerdo a las enseñanzas.

Uno de los pasajes de prueba que los indignados citan muy a menudo para defender su doctrina de sola fide -que estamos justificados sólo por la fe. Así es como se lee en la Escritura:

“

Ustedes han sido salvados por la fe, y lo han sido por gracia. Esto no vino de ustedes, sino que es un don de Dios; tampoco lo merecieron por sus obras, de manera que nadie tiene por qué sentirse orgulloso. Lo que somos es obra de Dios: hemos sido creados en Cristo Jesús con miras a las buenas obras que Dios dispuso de antemano para que nos ocupáramos en ellas”
(Ef 2,8-10).

El argumento de la justificación es ciertamente muy extenso y complejo, tiene una gran cantidad de matices, y envuelve un gran número de textos de las Escrituras.

Lo que somos es obra de Dios y esto lo debe mostrar la fe cristiana, su razonabilidad en diálogo con las preguntas de cada tiempo. De este modo, da razón de la esperanza que, suscitada por el mensaje de Jesús, nos sostiene a los creyentes. A este fin, la teología, como ciencia de la fe, está en diálogo con todas las demás ciencias de su tiempo.

Se recibe el don de la fe que es central y nuclear, unifica, íntegra y articula los semblantes de la personalidad. No es adhesión ciega a un conjunto de fórmulas, sino “aprobación del intelecto y de la voluntad” del Absoluto que permite al humano ser sujeto y persona libre

y responsable. Ella es una tendencia interna fundada en el surgir del absoluto reaprendido por nosotros en relación con la realidad.

La fe orienta las decisiones fundamentales que implican el accionar. En el contexto de la conciencia histórica, la fe se funde con la esperanza. En la medida en que la fe también constituye la respuesta más íntima y más central de los seres humanos a la realidad, se debe percibir que, en un nivel más profundo, la fe y la esperanza son indistintamente la misma cosa.

Por lo tanto, la fe es la libertad venida de la experiencia del Misterio Santo, de esa alteridad absoluta, del totalmente Otro que se nos revela, como señala Rahner, al que llamamos Dios: “Dios es el Misterio Santo que permite al humano conocerse como ser trascendente”. Sin Dios, afirma Rahner, no existiría para el humano la totalidad y la realidad se reduciría a un conjunto de preocupaciones parciales. Sin Dios, el hombre quedaría inmerso en el mundo y en sí mismo y no se realizaría como ser de libertad y responsabilidad, sería apenas un animal ingenioso.

c. El combate de la fe

La corona de la victoria no se promete sino a los que luchan. En las Escrituras vemos que, con frecuencia, se nos promete la corona si vencemos. Hay que conocer quién es el enemigo, al que si vencemos seremos coronados. Ciertamente es aquel a quien Cristo venció primero, para que también nosotros, permaneciendo en Él, le venzámos, lo expresa Agustín en su obra *Combate Cristiano*:

“

Cristo es realmente la Virtud y la Sabiduría de Dios, el Verbo por quien fueron creadas todas las cosas, el Hijo Unigénito de Dios, que permanece inmutable siempre sobre toda criatura. Y, si bajo Él está la criatura, incluso la que no pecó” (2Jn 1,1-3)

¿Cuánto más lo estará toda criatura pecadora? Si bajo Él están los santos ángeles, mucho más los estarán los ángeles prevaricadores cuyo príncipe es el diablo. Pero como el diablo defraudó nuestra naturaleza, el Hijo único de Dios se dignó tomar esa misma naturaleza, para que, por ella misma, el diablo fuera vencido.

Así, Él, que tuvo siempre sometido al diablo, les sometió también a nosotros. A él se refiere cuando dice: el príncipe de este mundo ha sido arrojado fuera. No porque fuera expulsado del mundo, como dicen algunos herejes, sino que fue arrojado del alma de los que viven unidos al Verbo de Dios y no aman al mundo del que él es el príncipe porque domina a los que aman los bienes temporales que se poseen en este mundo visible. No quiero decir que él sea el dueño de este mundo, sino que es el príncipe de las concupiscencias con las que se codicia todo lo pasajero.

Es la fe la firme seguridad de lo que esperamos, la convicción de lo que no vemos, dice el Apóstol Pablo. Solo porque no lo veo, no significa que no lo creo. Antes de entrar en una batalla, hay que creer en el motivo de la lucha. Para ser campeón no basta con ser rápido, tienes que creértelo. “El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir”, dice Albert Einstein. La fe hace que todo sea posible, el amor hace que todo sea fácil.

Esta referencia recíproca entre Cristo y la Iglesia invita a indagar en los fundamentos antropológicos y teológicos de la fe de Jesús, en las dificultades y posibilidades que Jesús ha podido tener para creer en su Padre, puesto que así Él enseña por qué y cómo han de creer también los hombres.

Es la fe la que hace que todo sea posible, el amor hace que todo sea fácil; subrayemos algunas acciones de fe en Jesús, porque la fe no es algo que captar, es un estado en el que crecer.

Agustín de Hipona, dice:

“La fe es creer lo que no ves; la recompensa de esta fe es ver lo que crees”.

Ciertamente, la actividad de la fe se entiende al de un combate que dura toda nuestra vida; ese es el lenguaje para presentarla y para que la vivamos. Una guerra, una batalla que ya ha sido ganada gracias a Cristo en su resurrección: “Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33); pero que tenemos que combatir en nuestras vidas para participar de esa victoria de Cristo.

Hay un fuerte combate y lucha contra la tentación del pecado. Por tanto, para ser fieles, para llegar a la promesa de la gloria eterna es necesario, con actitud vigilante, batallar contra el enemigo; manteniéndonos siempre como hijos de la luz. Por eso:

“ *Ceñid la cintura con la verdad, y revestid la coraza de la justicia; calzad los pies con la prontitud para el Evangelio de la paz. Tened a mano el escudo de la fe, donde se apagarán las flechas incendiarias del maligno. Poneos el casco de la salvación y empuñad la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios” (Ef 6,14-17).*

Otro significado del lenguaje de la fe lo localizamos en el combate y lucha que está en las Escrituras, que el pecado es el enemigo de Dios y que debemos huir de él, pero eso no nos inquieta. Él permite que el pecado nos asedie, y entonces percibimos que es nuestro enemigo, tal como lo es de Dios. Eso nos conmueve mucho más y aprendemos a odiarlo. Es la experiencia que tuvo Jonás.

Asimismo, sin desanimarse, dirigió a Dios su ruego desde el fondo del abismo. ¿Cuál fue la súplica que él le presentó? En parte estaba compuesta por versículos de salmos, que Dios mismo le recordó. Contenía dos pensamientos principales que resumen las palabras citadas delante de estas líneas: “la angustia de Jonás en su prisión y su plena confianza en la liberación de parte de Dios” (Jon 2,1).

En la Biblia encontramos diferentes pasajes bíblicos que representan el significado del lenguaje de la fe en diferentes acontecimientos:

4. ¡Qué poca fe! ¿Por qué ha dudado?

¡Qué fácil es para nosotros no confiar en la presencia de Jesús, quien siempre busca nuestro bien! Qué triste sería si yo fuera a rechazar la presencia de Jesús en mi oración, como si Él fuese un fantasma. Jesús, en medio de la tempestad, anima a sus apóstoles atenazados por el miedo: “Tened confianza. Soy yo. No temáis” ¡Qué seguridad nos infunde este Cristo Señor y disipa todos nuestros temores, miedos, angustias, desesperaciones! Sólo Él puede llenarnos de confianza cierta. ¡Y cuánto lo necesitamos en nuestra vida de todos los días! Jesús se aparta para hacer oración. Su tiempo con Dios no lo aparta del mundo, sino que lo inspira para ir en ayuda de sus atribulados discípulos.

Pedro tenía coraje cuando sus ojos estaban en Jesús, pero éste desapareció cuando se focalizó en Él mismo y su situación.

“

Después que se sació la gente, Jesús apremió a sus discípulos a que se subieran a la barca y se adelantarán a la otra orilla, mientras Él despedía a la gente. Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. De madrugada se les acercó Jesús andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo enseguida: ¡Animo, soy yo, no tengáis miedo! Pedro le contestó: Señor, si eres tú mándame ir hacia ti andando sobre el agua. Él le dijo: Ven. Pedro

bajó de la barca y se echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: Señor, sálvame. Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado? En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. Los de la barca se postraron ante Él diciendo: Realmente eres Hijo de Dios” (Mt 14,22-33).

En el pasaje bíblico a primera vista vemos la falta de fe de Pedro: ¡Qué poca fe! ¿Por qué ha dudado? Hay una invitación a reflexionar un momento sobre la fe. La fe es un conocimiento dentro del corazón, más allá del alcance de una prueba. Lo que nos viene a la mente cuando pensamos en Dios es lo más importante de nosotros. La fe es como un radar que te permite ver a través de la niebla.

¿Qué es la fe para Jesús? El Autor sagrado lo explica, así: En varias oportunidades, qué no es la fe. Con duras palabras reprende Jesús a los que le rodean y les llama “generación incrédula y perversa”. ¿Por qué? Los judíos contemporáneos de Jesús creían creer. Pronunciaban dos veces cada día la confesión de la fe judía. Pero Jesús los llama incrédulos, porque eso lo dicen sólo con la boca. Pero la fe no está en palabras. La fe se manifiesta a través de la vida.

“No tengas miedo de moverte hacia lo desconocido. Simplemente sal sin miedo sabiendo que estoy contigo, por lo tanto, no le puede pasar nada; todo está muy, muy bien. Haz esto con completa fe y confianza”, dice Papa Juan Pablo II.

Mantén tus sueños vivos. Para alcanzar algo se requiere de fe y confianza en ti mismo. Recuerda, todas las cosas son posibles para aquellos que tienen fe.

Lo que es la fe para Jesús, Él lo explica en el pasaje bíblico: la narración de Pedro caminando sobre el agua. Una noche, los discípulos navegan por el lago de Genesaret. Y, cuando ya están fatigados se les aparece Jesús. Los discípulos se asustan y tienen miedo. Lo ven y no lo ven. Lo ven y no

lo reconocen. Por fin se dan cuenta de que no es un fantasma, sino su mismo Maestro. Entonces, Pedro, a invitación de Jesús, se baja de la barca y se lanza al abismo inquietante del mar galileo.

La fuerza física nunca puede soportar permanentemente el impacto de la fuerza espiritual. Es la fe la que empuja al creyente a descender a un terreno en el que no hace pie. La fe no es suponer que el agua puede sostenernos. Es atreverse a creer en una palabra que invita, y apostar por una realidad invisible que se juzga más real que la misma realidad visible. No es apostar por la irrealidad. Es apostar por otra realidad más sólida que el agua. Es la opción audaz en favor de una palabra divina que promete y que lo hace en medio de un mundo amenazante.

Y, como la fe es débil, no excluye los miedos ni los gritos de petición de socorro. En momentos, incluso con fe, parece que la realidad visible fuera más dura y que se quebrara esa palabra prometedora. Pero la fe es un modelo de existencia que camina entre miedos y dudas, pero que ella misma no es ni miedo ni dudas. Siempre, en todas partes, Dios está presente, y siempre busca descubrirse a sí mismo en cada uno.

a. Jesús le tendió la mano

Fe para Jesús es la convicción de que Dios está siempre cerca, más cerca de lo que aparenta y más cerca de lo que sentimos. Dios siempre toma la forma más simple. A veces Dios permite que lo que odia logre lo que ama. A veces todo lo que necesitas es un gran salto de fe. La fe es el primer factor en una vida dedicada al servicio. Sin eso, nada es posible. Con eso, nada es imposible.

“Cristo el Señor se humilló para que nosotros aprendiéramos a ser humildes” (s. 272).

“No vamos a Cristo corriendo, sino creyendo; no se acerca uno a Cristo por el movimiento del cuerpo, sino por el afecto del corazón” (Io. eu. tr. 26,3). Dios es el rico y todopoderoso que sólo precisa que el hombre se deje obsequiar. Por eso la fe es, de algún modo, omnipotente. “Todo es posible para el que cree”. ¿Estamos en el mundo de la locura? Estamos, al menos, en el mundo de lo sobrehumano. Estamos en el mundo de la omnipotencia del amor, que es Dios. Dios no te buscará por tus medallas, títulos o diplomas sino por cicatrices. ¡El que tiene coraje y fe nunca perecerá en la miseria! Nunca tengas miedo de confiar en un futuro desconocido a un Dios conocido.

En seguida, obligó a los discípulos que subieran a la barca y pasaran antes que Él a la otra orilla, mientras Él despedía a la multitud. Después, subió a la montaña para orar a solas. Y al atardecer, todavía estaba allí, solo. La barca ya estaba muy lejos de la costa, sacudida por las olas, porque tenían viento en contra. A la madrugada, Jesús fue hacia ellos, caminando sobre el mar.

Los discípulos, al verlo caminar sobre el mar, se asustaron. “Es un fantasma”, dijeron, y llenos de temor se pusieron a gritar. Pero Jesús les dijo: Tranquilícense, soy yo; no teman. Entonces, Pedro, le respondió: “Señor, si eres tú, mándame ir a tu encuentro sobre el agua”. Ven, le dijo Jesús. Y, Pedro, bajando de la barca, comenzó a caminar sobre el agua en dirección a Él. Pero, al ver la violencia del viento, tuvo miedo, y como empezaba a hundirse, gritó: “Señor, sálvame”. En seguida, Jesús le tendió la mano y lo sostuvo, mientras le decía: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?”

En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Los que estaban en ella se postraron ante Él, diciendo:

“ *Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios”. “No hay que aniquilar el deseo; hay que cambiar su objeto” (s. 313.2).*

Dios nunca se apresura. No hay fechas límites contra las cuales deba trabajar. Solo saber esto es calmar nuestros espíritus y relajar nuestros nervios. Estoy convencido de que cada hombre o mujer que va al templo con un espíritu de sinceridad y fe, deja la casa del Señor como un mejor hombre o mujer. Porque quien levanta sus ojos de la venda de la fe en nombre de la ciencia, suele permanecer con su consciencia como la nave de los obstáculos. Si la paciencia vale algo, debe perdurar hasta el final de los tiempos. Y una fe viva durará en medio de la tormenta más negra.

b. En medio de la crisis

No es difícil ver en la barca de los discípulos de Jesús, sacudida por las olas y desbordada por el fuerte viento en contra, la figura de la Iglesia actual, amenazada desde fuera, por toda clase de fuerzas adversas, y tentada desde dentro, por el miedo y la poca fe. Si crees en Dios, Él abrirá las ventanas del cielo y derramará bendiciones sobre ti.

¿Cómo leer este relato evangélico desde la crisis en la que la Iglesia parece hoy naufragar? Según el evangelista, “Jesús se acerca a la barca caminando sobre el agua”. Los discípulos no son capaces de reconocerlo en medio de la tormenta y la oscuridad de la noche. Les parece un “fantasma”. El miedo los tiene aterrorizados. Lo único real es aquella fuerte tempestad. Este es nuestro primer problema.

Estamos viviendo la crisis de la Iglesia contagiándonos unos a otros desaliento, miedo y falta de fe. No somos capaces de ver que Jesús se nos está acercando precisamente desde esta fuerte crisis. Nos sentimos más solos e indefensos que nunca. Jesús les dice tres palabras: “Ánimo. Soy yo. No teman”. Solo Jesús les puede hablar así. Pero sus oídos solo oyen el estruendo de las olas y la fuerza del viento.

Este es también nuestro error. Si no escuchamos la invitación de Jesús a poner en Él nuestra confianza incondicional, ¿a quién acudiríamos? Pedro siente un impulso interior y sostenido por la llamada

de Jesús, salta de la barca y se dirige hacia Jesús andando sobre las aguas.

Así hemos caminar hoy hacia Jesús en medio de la crisis: apoyándonos, no en el poder, el prestigio y las seguridades del pasado, sino en el deseo de encontrarnos con Jesús en medio de la oscuridad y las incertidumbres de estos tiempos. No es fácil. También nosotros podemos vacilar y hundirnos como Pedro. Pero lo mismo que él, podemos experimentar que Jesús extiende su mano y nos salva mientras nos dice: “Hombres de poca fe, ¿por qué dudan?” ¿Por qué dudamos tanto? ¿Por qué no estamos aprendiendo apenas nada nuevo de la crisis? ¿Por qué seguimos buscando falsas seguridades para “sobrevivir” dentro de nuestras comunidades, sin aprender a caminar con fe renovada hacia Jesús en el interior mismo de la sociedad secularizada de nuestros días?

Esta crisis no es el final de la fe cristiana. Es la purificación que necesitamos para liberarnos de intereses mundanos, triunfalismos engañosos y deformaciones que nos han ido alejando de Jesús a lo largo de los siglos. Él está actuando en esta crisis. Él nos está conduciendo hacia una Iglesia más evangélica. Reavivemos nuestra confianza en Jesús. No tengamos miedo.

5. Mujer, ¡Qué grande es tu fe!

Estamos ante un pasaje un poco desconcertante. A las primeras comunidades cristianas les preocupa que Jesús, su mensaje, se abriera al mundo pagano, y es quizá en este contexto, donde hemos de situar el pasaje. Sin duda que capta la atención de aquella madre cananea que pide una gracia para su hija, reconociendo en Jesús al Hijo de David: ¡Ten piedad de mí, Señor, ¡Hijo de David! La insistencia de la mujer es tan fuerte que obliga a Jesús a ensanchar su campo, a comprender que el amor del Padre no tiene límites. Esta extranjera atrevida nos enseña cómo pedir salud y salvación. Su deseo, la sanación

de su hija, la lleva hasta el profeta itinerante que está recorriendo la región. Ella no se echa para atrás, sino que insiste y habla.

Una muestra sencilla de la vida cotidiana, con lo que pasa alrededor y debajo de la mesa, consigue lo que tanto anhelaba: la apertura y acción de Jesús. Hoy nos encontramos en una situación cultural en la que la fe se ve retada a superar sus límites tradicionales, a entrar en otros campos, a responder a muchos gritos que no encuentran respuesta.

“

Jesús partió de Genesaret y se retiró al país de Tiro y de Sidón. Entonces una mujer cananea, que procedía de esa región, comenzó a gritar: ‘¡Señor, Hijo de David, ¡ten piedad de mí! Mi hija está terriblemente atormentada por un demonio’. Pero Él no le respondió nada. Sus discípulos se acercaron y le pidieron: ‘Señor, atiéndela, porque nos persigue con sus gritos’. Jesús respondió: ‘Yo he sido enviado solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel’. Pero la mujer fue a postrarse ante Él y le dijo: ¡Señor, socórreme! Jesús le dijo: No está bien tomar el pan de los hijos, para tirárselo a los cachorros. Ella respondió: ¡Y, sin embargo, Señor, ¡los cachorros comen las migas que caen de la mesa de sus dueños! Entonces Jesús le dijo: Mujer, ¡qué grande es tu fe! ¡Que se cumpla tu deseo! Y en ese momento su hija quedó sana” (Mt 15,21-28).

Esta mujer demuestra una gran persistencia: no permite que la irritación de los discípulos o la brusca observación de Jesús la desanimen. Ella sabía lo que quería y confiaba en que Jesús podía ayudarla.

Esta historia la podemos comprender sólo a través de la contemplación. En oración, contempla la gente presente en la historia. Escucha lo que están diciendo y advierte lo que están haciendo. Entra

en escena interrogando a los participantes, el Señor incluido. ¿Qué respuestas recibes? Es emocionante el contemplar la escena. Aunque más que la presentación de un acontecimiento es el retrato de un corazón. Es como una pintura del corazón del Señor. Caminaba Cristo, se encontraba en el tiempo de su vida pública, visitaba gente, se movía de un pueblo a otro. En un traslado más en que su mente se hallaría en el Padre, en la misión, en las almas, llega una mujer que le interrumpe. Y, Él comienza a escucharla gritar.

Una persona que había sufrido, una persona que imploraba compasión, una que a muchos seguramente había molestado ya, era una mujer despreciada, pero no vencida: pues no descansaba y no descansaría hasta alcanzar la bendición de Dios para su hija a quien tanto amaba. Hasta tal punto llega el amor de una madre, hasta el punto de olvidar su propia imagen, olvidar el “qué dirán” con tan sólo conseguir aquello que sus hijos necesitan y que sin duda llegaría más lejos si fuese necesario. Y, finalmente, una mujer así conmovió un corazón.

Qué sensibilidad de Cristo, que supo acoger los comentarios de sus apóstoles que, aun andando en pos de la misión, se quejaron por un alma que sufría. Y me impresiona su corazón, que comenzó por presentarse grande y digno de las súplicas de una mujer, pero que terminó por engrandecerla y encumbrar su fe hasta que incluso le otorgó su gracia.

a. Experiencia de lo diferente

Mi fe me ayuda a sobreponerme a las emociones negativas y encontrar mi equilibrio. Por eso, unas de tantas en las condiciones del cambio pueden ser la sospecha y la experiencia de lo diferente. Cuando funcionamos según nuestros prejuicios, no somos capaces de abrirnos a lo diferente y mucho menos nos atrevemos a sospechar que nuestras posiciones puedan estar equivocadas. Y, por desgracia, vivimos llenos de prejuicios políticos, culturales, sociales, raciales y religiosos.

Hay una historia muy curiosa que con un pequeño ejemplo de prejuicio político es apenas una muestra de lo que funciona dentro de nuestra cabeza:

“

Cuentan que una vez le preguntaron a un ciudadano estadounidense si era demócrata o republicano, a lo que el hombre respondió: ‘Soy demócrata.’ Le preguntaron, entonces: ¿Por qué es usted demócrata? Soy demócrata, dijo el hombre, porque mi papá era demócrata, mi abuelo era demócrata, toda mi familia ha sido siempre demócrata. Por eso soy demócrata. Vamos a ver, inquirió el entrevistador, si su papá hubiera sido un ladrón, su abuelo un ladrón y toda su familia fuera de ladrones, ¿sería usted también ladrón? Desde luego que no, respondió el hombre. En ese caso sería republicano”.

Muy rápidamente sacamos conclusiones respecto de la gente que conocemos todos los días. Cada uno podría hacer un ejercicio de reconocimiento de los propios prejuicios pensando: ¿Cómo le parece que sea una persona que tiene una cuenta bancaria sustanciosa o alguien que esté desempleado? ¿Qué pensamos de una persona nacida en el Valle o en la Costa? ¿Qué respuesta le daríamos a alguien que viene a decirnos que acaba de llegar de una zona de reconocida influencia guerrillera o paramilitar? Y, así, se podrían seguir dando muchos ejemplos.

Caminando Jesús por una región apartada, se encuentra con una mujer extranjera. La primera actitud del Señor fue pasar de largo y no contestar nada a los gritos de la mujer, que pedía que le curara a su hija. Los discípulos, entonces, le ruegan que le diga a la mujer que se vaya o que la atienda, ‘porque viene gritando detrás de nosotros’. Jesús respondió: ‘Dios me ha enviado solamente a las ovejas perdidas

del pueblo de Israel. Pero la mujer siguió insistiendo: Fue a arrodillarse delante de Él, diciendo: ¡Señor, ayúdame! Y, Jesús le contestó: “No está bien quitarles el pan a los hijos y dárselo a los perros”.

Sin embargo, la mujer es capaz de sobrepasar el insulto y decirle a Jesús: “Sí, Señor; pero hasta los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos”. Jesús, entonces, vencido por la mujer, termina diciendo: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! Hágase como quieres. Y desde ese mismo momento su hija quedó sana”.

Solemos decir que el perro es el mejor amigo del hombre, pero a nadie le dicen perro como piropero.

Es evidente que Mateo quiere dar una lección a su comunidad judeocristiana, para que acojan a los extranjeros como legítimos beneficiarios de los dones del Reino anunciado por Jesús. Para ello, no duda en presentar a un Jesús que fue capaz de abrirse al encuentro con esta mujer extranjera y dejarse vencer por la fortaleza de su fe y su perseverancia. Algunos autores insisten en afirmar que Jesús estaba poniendo a prueba la fe de esta mujer, pero a mí no me cabe en la cabeza que Jesús fuera capaz de insultar a alguien si no es porque estaba convencido de lo que estaba diciendo.

Si pretendemos sospechar de nuestras posiciones ya tomadas, deberíamos ser capaces de abrirnos al encuentro con lo diferente de nosotros mismos y dejar que este contacto con lo distinto nos cuestione y nos ayude a cambiar nuestro comportamiento habitual frente a los demás, especialmente, frente a aquellos que descalificamos de entrada por nuestros prejuicios.

b. Es como un radar

La fe es como un radar que te permite ver a través de la niebla. ¡Cree en ti mismo! Ten fe en tus habilidades, con una humilde pero razonable confianza en tus poderes, dice Norman Vincent Peale. Hablan-

do de esta mujer fue persistente en el intento de conseguir lo que quería y así anunció su pedido. A menudo Jesús se encontraba con gente parecida y les devolvía la pregunta: ¿cuán importante es para ti? ¿Cómo podemos hoy seguir rompiendo barreras? ¿Cómo evitar que la fe se convierta en algo cada vez más irrelevante, reservado a los de siempre?

Hay tres actitudes frente al pasaje bíblico: “Mujer, ¡qué grande es tu fe!”:

- **La intercesión**, esta mujer pagana que se acerca a Jesús, una mujer que estaba muy preocupada por el sufrimiento de su hija, porque es lo mejor que ella tiene, lo más valioso, su actitud acercándose al Señor para pedirle por otro; seguro que nuestra oración tiene mucho de esta actitud: Pidiendo por las personas que amamos, por los que tenemos cerca, por los que a veces nos envidian.

Esto es el mejor ejemplo de intercesión y es una oración muy fuerte porque la motivación es el amor, asimismo, que nunca desconfíes ni dudes de su poder, para ti mamá, para ti papá, por ti querido amigo que oras para los demás, Dios siempre escucha la súplica confiada y te invita a orar.

- **Hay que aprender a postrarse**, el Evangelio nos dice que esta mujer se postró, creo que muchas veces en nuestra nación nos falta eso, nos falta más rodilla delante de Jesús, y aquí les hablo con términos claros, nos falta la humildad y no estamos hablando de actitud física, si no esa actitud de postrarnos espiritualmente, quien se postra reconoce que tiene algo grande frente a él, que es humilde y reconoce que solo no puede, quien se postra aprende a confiar. Mujer, ¡Qué grande es tu fe!
- **La perseverancia**, esta mujer gritaba, pero más que la perseverancia tenía fidelidad porque la perseverancia puede caer en una monotonía. La fidelidad es creativa, le gritaba a Jesús: ‘Ten piedad de mí, no se callaba, no imponiéndose sino insistiendo y la súplica de esta mujer estaba llena de perseverancia, de fidelidad.

Esta actitud es algo que tenemos que imitar, no cansarnos de orar, a veces no vemos frutos y bajamos los brazos, pensamos que Dios no nos escucha, que no puede obrar en nuestras vidas y desconocemos lo que Dios puede hacer. A veces se puede presentar como sordo, Dios permite todo esto para que mi fe persevere, aunque no vea resultados, aunque parezca que Dios no te escucha, te invito a perseverar y a ser fiel. Recuerda a santa Mónica con su hijo, con esa oración de 28 años por la conversión de Agustín, escuchar las palabras del Señor, que grande es tu fe. Las palabras tienen poder, pero el testimonio de esta gran mujer arrastro a cambiar a su hijo.

“¡Qué grande es tu fe!”

Si Jesús no fue enviado sino a las ovejas descarriadas de Israel, ¿por qué, entonces, atendió finalmente los ruegos de la mujer cananea?

- ¡Cuántas veces dejamos nuestra oración porque consideramos que no está dando resultado!
- ¡Con qué facilidad abandonamos nuestra asistencia a la Eucaristía, por dudar de la presencia de Jesús en ella!
- ¡Cómo es que dejamos de hacer el bien que tenemos que hacer, solo porque los demás no lo están haciendo!
- ¡Es impresionante la forma en que nos rebelamos ante Dios por una situación difícil que se nos presenta!

Aquella mujer cananea no se rindió, aunque Jesús se negó a atender sus ruegos y llamó “perritos” a ella y a los de su pueblo, porque estaba segura de que Él era Dios y tenía el poder de curar a su hija.

Hay mucho que aprender de esta mujer que supo ante quién se encontraba. Como dice, Gail Devers:

“

Mantén tus sueños vivos. Para alcanzar algo se requiere de fe y confianza en ti mismo. Recuerda, todas las cosas son posibles para aquellos que tienen fe”.

6. Si tuvieran fe, nada sería imposible

Una fe que nosotros mismos podemos determinar, no es en absoluto una fe. Jesús recrimina a sus discípulos por su falta de fe. Ese reproche es también para nosotros, los actuales discípulos del Señor. La vida cristiana se basa en la vivencia del amor que surge de la fe en Dios. Esa fe es un don, pero también es nuestra respuesta a la adhesión a Jesús. Los discípulos habían recibido el poder de arrojar demonios, como también el de curar a los enfermos. Podían sentirse perfectamente habilitados para la tarea, de hecho, fueron enviados en misión con ese poder y ese objetivo. Pero en esta ocasión fracasan. ¿Por qué? Conforme a la intervención de Jesús, por el estado de su fe: pequeña o tal vez raquítica. Nuestra fe debe ser firme. A menudo le preguntamos a Jesús: ¿“Por qué”? ¿Por qué no podemos realizar tu trabajo en nuestras vidas? En esta lectura el mismo Jesús nos entrega la respuesta: “porque tienes poca fe”. Señor, concédenos la fe que moverá montañas, montañas de inercia y apatía, de temor y de ansiedad, de egoísmo y desesperación.

“

Los discípulos habían recibido el poder de arrojar demonios, como también el de curar a los enfermos. Podían sentirse perfectamente habilitados para la tarea, de hecho, fueron enviados en misión con ese poder y ese objetivo. Pero en esta ocasión fracasan. ¿Por qué? Conforme a la intervención de Jesús, por el estado de su fe: pequeña o tal vez raquítica. De este modo el Evangelio nos invita a seguir las instrucciones de Jesús, es decir, mantenernos en la fe y proteger su siempre su llama, que nada ni nadie la apague; nuestra fe debe ser firme, necesitamos ser más activos frente a la evangelización, creer más en las palabras del Señor. Hoy más que nunca estamos lla-

mados a permanecer en el Señor para estar preparados para enfrentar el mundo en el que vivimos. Es imprescindible que el granito de mostaza de nuestra fe sea autentico para que se pueda hacer realidad el sueño de Dios en nuestra vida y en la vida de quienes nos rodean. De este modo, sólo si no nos cansamos de devolver bien por mal, de orar y esperar en el poder y bondad de Dios, nuestro Padre, los milagros llegan” (Mt 17,14-20).

Los que quieren amar a Jesús, a menudo no arriesgan demasiado en la fe y no se confían totalmente a Él. Pero ¿por qué esta falta de fe? Creo que es el corazón, que no se abre, el corazón cerrado, el corazón que quiere tener todo bajo control. Es un corazón, por lo tanto, que no le da el control de las cosas a Jesús, y cuando los discípulos le preguntan por qué no podían sanar al joven, el Señor dice que aquella especie de demonios no pueden ser expulsados por nada, excepto por la oración.

Tenemos un poco de incredulidad en el interior. Es necesaria una oración fuerte, y esta oración humilde y fuerte hace que Jesús pueda hacer el milagro. La oración para pedir un milagro, para pedir una acción extraordinaria, debe ser una oración que involucre, que nos involucre a todos. Se puso de rodillas. ¿Te imaginas a un Padre de familia, desesperado, poniéndose de rodillas delante de alguien que aparentemente es un hombre como los demás? ¿Qué le movió a hacerlo? El amor a su hijo. La fe comienza donde termina el orgullo.

En un primer instante lo hace con los discípulos, pero ellos no pudieron curar al niño de los ataques de epilepsia. Luego ve al Señor, se acerca y cae de rodillas ante Él. No tiene ninguna vergüenza. No le importa lo que digan de él. Únicamente busca el bien de aquel a quien ama. Jesús, conociendo el amor que brotaba del corazón de ese hombre, curó al hijo. Los discípulos no entendían en qué habían

fallado. Jesús les respondió que les faltaba fe. No dice que no tienen fe, sino que aún es muy pequeña.

Es como ir a un gimnasio: al levantar las pesas una y otra vez, nuestros músculos se desarrollan. La fe también debe ejercitarse, ponerse a prueba, alimentarse. Si nos conformamos con la fe que teníamos a los diez años, cuando hicimos la primera comunión, es lógico que nuestro “músculo” espiritual esté raquíptico, anquilosado.

La fe, aunque es un don de Dios, debe crecer y fortalecerse con nuestra colaboración.

Necesitamos una fe adulta, resistente, firme alimentada con las lecturas adecuadas, con la oración diaria, con los sacramentos y con todo aquello que nos ayude a fortalecerla. Jesús siempre buscó la fe en las personas. Con fe todo es posible: la fe y la confianza en el amor de Dios por nosotros. Cuando una relación con alguien es buena y pasamos mucho tiempo con ella o él, se construye la confianza.

7. Jesús sana al siervo del Centurión

El significado de la fe de hoy no es peor que el de tiempos pasados. Es más práctico. Como en el mundo en que estamos viviendo. Por eso tener fe requiere coraje, la capacidad de correr un riesgo, la disposición a aceptar incluso el dolor y la desilusión. De ahí que decimos que un gentil centurión con autoridad en Palestina tiene mucho para enseñarnos sobre la verdadera humanidad. En vez de dejar que muera su esclavo, usa su posición para salvarlo. Sensible a la costumbre judía, se dirige a los judíos mayores para que intercedan ante Jesús. Él es un hombre humilde y lleno de fe, y aquí se revela el amor inclusivo de Jesús.

El que tiene fe en sí mismo no necesita que los demás crean en él, por eso el episodio que Lucas nos presenta un himno a la fe de un centurión en el poder salvador de Jesús. No leemos nada acerca de

la fe del pueblo de Israel, pero sí de la gran fe de un romano. Cuando el centurión oye acerca de Jesús, tanto sobre su enseñanza como de sus milagros, y reconociendo en Él una autoridad superior, se decide a pedir por la salud de su siervo moribundo. La fe es cuestión de esplendidez.

Conociendo la cultura judía y no queriendo que Jesús incurra en una impureza (se contamine por visitar a un gentil), le pide, simplemente, que ordene que la enfermedad se vaya. Con esta petición está colocando a Jesús como autoridad máxima, aún sobre el Imperio Romano al cual él representa. Esa fe del centurión es modelo para nosotros. Él reconoce y respeta a Jesús como diferente. A él, romano, le basta creer en Jesús, un judío, para que el milagro se lleve a cabo. Pero muchas veces, a nosotros no nos basta. Buscamos seguridades en lo que vemos y tocamos.

Aquel que tiene fe no está nunca solo.

El centurión era un hombre que había puesto su fe en Jesús y no le obliga a pasar sobre la Ley judía. Escribamos el texto bíblico para que observemos que tipo de fe presentaba el centurión:

“

Jesús entró en Cafarnaúm. Había allí un centurión que tenía un sirviente enfermo, a punto de morir, al que estimaba mucho. Como había oído hablar de Jesús, envió a unos ancianos judíos para rogarle que viniera a sanar a su servidor. Cuando estuvieron cerca de Jesús, le suplicaron con insistencia, diciéndole: Él merece que le hagas este favor, porque ama a nuestra nación y nos ha construido la sinagoga. Jesús fue con ellos, y cuando ya estaba cerca de la casa, el centurión le mandó decir por unos amigos: Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres en mi casa; por eso

no me consideré digno de ir a verte personalmente. Basta que digas una palabra y mi sirviente se sanará. Porque yo -que no soy más que un oficial subalterno, pero tengo soldados a mis órdenes- cuando digo a uno: 'Ve', él va; y a otro: 'Ven', él viene; y cuando digo a mi sirviente: '¡Tienes que hacer esto!', él lo hace. Al oír estas palabras, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la multitud que lo seguía, dijo: "Yo les aseguro que ni siquiera en Israel he encontrado tanta fe. Cuando los enviados regresaron a la casa, encontraron al sirviente completamente sano" (Lc 7,1-10).

La fe es la energía de la vida. Si el hombre vive, es porque cree en alguna cosa. Jesús nos invita a recorrer con Él audazmente nuestro camino de fe, a abrir nuestra alma al mundo misterioso de Dios, y a dejarnos conducir y educar por su mano bondadosa de Padre. Jesús en el relato se nos muestra como el maestro universal, como el gran unificador del pueblo de Dios. Se nos muestra como salvador, que supera todas las divisiones y que reintegra en la comunidad religiosa a este centurión que todos consideramos excluido de ella.

Jesús sana al siervo del centurión ¿Qué tipo de fe tenía el centurión? Nos gustaría tener una fuerte confianza en que Dios hará todas las cosas bien. Dios ha creado al mundo en la unidad y en el amor. Ha sido el pecado, el diablo, quienes han suscitado la división y la discordia. El pecado no solamente ha roto el vínculo filial entre el hombre y Dios. Ha separado también a los hombres entre sí. Cada uno de nuestros pecados ha introducido en el mundo una nueva división: barreras de raza, barreras de clases sociales, barreras de color, de lengua, de nación, hasta barreras de religión. Todas estas barreras son frutos de nuestros pecados, de nuestras faltas de amor.

La fe, además, de conocerla, hay que vivirla. Tenemos una inmensa necesidad de ser amados, de ser apreciados. ¡Pero qué mal respondemos a las necesidades de los demás! Todos nos lamentamos de las

barreras que tenemos que sufrir, pero ignoramos o justificamos las que imponemos nosotros a los demás.

Cristo ha venido a suprimir todas estas divisiones, a levantar todas estas barreras. Él ha sido enviado para reunir en un solo cuerpo a los hijos de Dios que están dispersos. Todos son hijos de Dios: los negros y los blancos, los patronos y los obreros, los creyentes y los que no creen. Ya que, fe hace posible todas las cosas. El amor hace todas las cosas fáciles.

La fe es una relación viva con lo creído, una relación viva que abraza la vida entera o, de lo contrario, es irreal. Cristo tiene un solo fin: unirnos a todos. Y, lo demuestra en este pasaje bíblico, reintegrando a la comunidad religiosa a este centurión pagano. Pero, además, Jesús hace de este pagano un elogio tan grande que lo coloca por encima de todos los creyentes tradicionales, de todos los fieles que se creen salvados porque cumplen con unas cuantas prácticas piadosas. Es una lección que resulta poco agradable de aprender pero que sin duda se dirige también a cada uno de nosotros, creyentes.

- Cristo sentía nostalgia de los paganos. Ansiaba poder salir de su triste comunidad adormilada, embotada, satisfecha, para ir al encuentro de otras almas nuevas, frescas, impresionables.
- Entre los suyos, no encontraba más que almas habituadas, egoístas, endurecidas por la rutina, practicantes sin alegría, creyentes sin fuego interior.
- Al encontrar una vez un acto de fe apasionado y generoso, lo halló en un pagano. El pasaje bíblico nos dice que Cristo se asombró de una persona: y no fue de un fiel, sino de un pagano, de nuestro centurión.
- Será que Jesús no habrá pensado siempre en nosotros cuando hizo aquella observación tan triste: “Verdaderamente no he encontrado tanta fe en Israel”.

Toda religión, incluso la verdadera religión, corre el riesgo de degenerar en fariseísmo y en pura rutina. Si practicamos nuestra religión sin un continuo esfuerzo de renovación, de fidelidad, de conversión, corremos el riesgo de convertirnos en personas más paganas todavía que si no hubiéramos creído. Porque el que cree que tiene ¿cómo es posible que acepte algo?

La fe es la fuerza más poderosa que opera en la humanidad. No tenemos más que una manera de salvarnos: vivir de una fe que nos abra personalmente a Dios, que nos haga reconocer a Dios y encontrarlo en todo cuanto nos hable de Él. Por eso, toda fe es una búsqueda constante, que tiene altibajos, sus dificultades y dudas de fe. Mientras no tengamos dudas contra la fe, es que nuestras ideas se compaginan fácilmente con las ideas de Dios. Pero entonces no sabemos si creemos de verdad en Dios o si creemos sencillamente en nosotros mismos.

Es a partir del momento en que tenemos una dificultad, una diferencia entre lo que Dios nos dice y lo que nosotros mismos pensamos, cuando por primera vez en nuestra vida tenemos la oportunidad de hacer un verdadero acto de fe, de abandonarnos a Dios, de salir de nosotros mismos y de entrar en sus ideas, en su mundo, en su voluntad. Esto fue lo que hizo el centurión. Él se puso en camino. Salió de su ambiente natural: era romano y se dirigió a aquel judío. Salió de su ambiente religioso: era pagano y puso su fe en Cristo. Se confió a Él por completo, separándose de su autoeducación, de su ambiente, de sus costumbres. No se vive sin la fe. La fe es el conocimiento del significado de la vida humana. La fe es la fuerza de la vida. Si el hombre vive es porque cree en algo.

Asimismo, como fe se denomina la credibilidad que se ha otorgado a algo o alguien debido a la autoridad, fama o reputación de quien lo afirma: “El ministro dijo tener fe en que las negociaciones llegarían a buen término”. Una fe, finalmente, es también un documento que certifica la verdad de algo y que solo puede ser emitido por funcionarios públicos debidamente autorizados: fe de soltería, fe de vida.

Ultimemos este último significado de la fe con esta alabanza de Agustín de Hipona:

Lucha interior

(conf. 8,1-2)

Yo estaba descontento de mí mismo
y había empezado a renunciar
a ciertos cargos y ambiciones:
ni la codicia, ni la fama,
ni el dinero tenían
ya los primeros puestos en mi corazón;
no me deleitaban nada
en comparación de vuestra dulzura
y de la hermosura de tu rostro.
Señor, lo que me ataba tenazmente
impidiéndome saltar a ti
era la costumbre sensual.
Tus palabras hermosísimas resonaban
invitándome a la castidad más perfecta
pero yo, flaco y frío,
escogía la vida más muelle
brujuleando lánguidamente
entre las costumbres y cuidados
de la carne.
Yo vacilaba entre certezas y dudas.
Menos mal que tu diestra me levantó
y me puso en una saludable convalecencia
Me costaba rendirme,
Señor: había hallado ya la margarita
preciosa
que debía adquirir a toda costa,
vendiendo y rechazando todo lo que tenía
¡Y dudaba!

Amén.

